

El legado de Zapata

Rogelio Montesinos
Historiador y politólogo
La Habana, Cuba

La noticia se extendió como reguero de pólvora por todo el planeta: un prisionero político cubano había muerto por causa de prolongada huelga de hambre, ante la indolencia de las autoridades. El hecho generó profundo dolor e indignación en la comunidad de luchadores pro democracia, intensa conmoción en el pueblo llano y rechazo internacional con pocos antecedentes en la ya larga historia del régimen.

Orlando Zapata Tamayo, negro humilde, obrero, nacido después del triunfo de la revolución y luchador pacífico por los derechos humanos, había sido condenado a más de 30 años de prisión, injustamente, por el ensañamiento de las autoridades. Se rebeló con huelga de hambre, que llevó hasta la última consecuencia y puso así de relieve todos los maltratos y desmanes que son ya costumbre en las prisiones cubanas.

No es primera vez que una madre cubana, acompañada por muchas almas sensibles

alrededor del mundo, tiene que llorar la muerte de un hijo que ha entregado su vida para lavar con su sacrificio la ignominia. Con casi cuarenta años de diferencia dos hombres, separados por su color de piel y su origen social, pero igualados, primero por su hombría —que en Cuba tiene especial significado— y enseguida por su amor a Cuba, a la libertad, y por el compromiso indeclinable con la firmeza y el pacifismo, fueron entregados a la muerte bajo la cobarde soberbia de los hermanos Castro.

Pedro Luís Boitel murió en 1972, cuando pocos escuchaban los gritos de dolor de un pueblo despojado de sus libertades y traicionado en sus más caras esperanzas. Boitel, poeta y líder estudiantil, había luchado por la democracia contra las dictaduras de Fulgencio Batista y Fidel Castro.

Orlando Zapata Tamayo, albañil, plomero y luchador por la democracia, murió después de 86 días de huelga de hambre. Había



Reina Luisa Tamayo, junto a familiares y amigos, en el cementerio de Banes, donde dieron sepultura a Orlando Zapata Tamayo

sido condenado por su lucha abierta y pacífica. Murió simplemente porque sus victimarios persistieron en demostrar su desprecio por la vida y la dignidad, con la convicción de que un hombre humilde, negro y hasta ahora sin renombre alguno no sería capaz de sacrificar su propia vida para ser fiel a los valores y principios que defendió.

Con este acto de incalificable inhumanidad queda confirmado que los gobernantes cubanos están totalmente enajenados de los valores y la realidad. Quien desde el mundo civilizado se niegue a apreciar la dimensión de la tragedia, quedará ante los ojos de la historia como cómplice pasivo de la persistente vocación criminal del castrismo.

Después de la tragedia, como ha sucedido siempre que se revela la naturaleza crimi-

nal del gobierno de Cuba, se ha levantado una inmensa marea de condena, que alcanza todos los rincones del planeta y ha golpeado con fuerza la imagen pública de La Habana. Resulta lamentable que sea necesaria la trágica muerte de algún inocente, que de cuando en cuando nos «regala» el liderazgo castrista, para que se movilicen las conciencias que generalmente aceptan como normal el estado de intolerancia, miedo y desesperanza en que vivimos cotidianamente y en el cual mueren otros inocentes que por desgracia no alcanzan renombre internacional.

El caso de Zapata Tamayo nos ha dado la oportunidad de volver a lamentar la ignominiosa indolencia de la mayor parte de clase política latinoamericana, esos demócratas que saben muy bien qué es una dictadura y

mientras juran fidelidad a los valores de libertad y pluralismo no pierden oportunidad de reiterar su silencio cómplice y culpable ante los desmanes del único Estado totalitario vigente en el hemisferio.

No son pocos los hipócritas que se han limitado a calificar, junto al gobierno cubano, la muerte de Zapata Tamayo como lamentable. ¿Acaso conocen una muerte humana que no sea lamentable? Las muertes se lamentan si son naturales o accidentales; los crímenes se condenan.

Salvo las honrosas excepciones del presidente chileno Sebastián Piñera, el insigne Oscar Arias y los senadores mexicanos, los demócratas del sub continente se empeñan en convalidar con su silencio la degradación castrista. Ni siquiera la desfachatada manipulación pública de las comunicaciones privadas o el macabro e inescrupuloso juego propagandístico con el dolor de una madre en circunstancia límite y desesperada, ensayado por las autoridades cubanas, logró conmover la sensibilidad de los políticos latinoamericanos.

El presidente brasileño Luís Inacio da Silva, animado por pretensiones de liderazgo mundial, no se sonrojó para demostrar su parcialidad y, amparado en el socorrido argumento de la no injerencia, manchó su nombre con la muerte de Zapata Tamayo y pocas horas después dictó toda suerte de recetas para resolver el conflicto israelí palestino.

Es lacerante imaginar que la saga de inconfesables compromisos políticos, la posibilidad de lucrar política y económicamente con las necesidades y las frustraciones de los profesionales que el gobierno cubano exporta a sus países y la utilización del caso cubano para canalizar los ardores anti norteamericanos puedan nublar la sensibilidad de los demócratas latinoamericanos ante crímenes que por tanto tiempo han enlutado a la nación cubana. Tales actitudes hacen pensar que, tras el ropaje y los discursos democráticos, muchos políticos de nuestra región guardan en el fondo el mismo desprecio hacia los seres humanos que ha demostrado el castrismo en medio siglo.

Ante la indolencia de criminales y cómplices cabría preguntarse: ¿Qué más tiene que hacerle el gobierno cubano a este pueblo para que los demócratas del mundo tomen conciencia y acción ante la dimensión y sobre todo el peligro de la tragedia?

La valiente inmólación de Zapata Tamayo sirvió para demostrar al mundo el alto precio que tienen que pagar los pueblos por los caudillismos mesiánicos y para reafirmar que en Cuba hay hombres dispuestos a todo para no permitir que la ambición cobarde de una despótica dinastía hundan para siempre en abismo de ignominia a la patria que pertenece a todos, sin distinciones discriminatorias.